



Guillermo Feliú Cruz y Omer Emeth

Un lugar común muy difundido entre gente de ciencia superficial es que los investigadores, los eruditos que pasan la vida ordenando bibliografías y gerenciando textos raros, son hombres insensibles, secos de alma y faltos de calor humano. La realidad es muy diferente, y se explica la sociedad de los libros, lejos de agotar la sensibilidad la atina, y en vez de disecar la vida la refresca y la llena más curiosa. Por algo los libros son seres vivos, Los buenos libros, se siente.

Aquí tenemos el ejemplo de Guillermo Feliú Cruz, profesor, ex Director de la Biblioteca Nacional, miembro de la Academia de la Lengua de Venezuela y autor de muchas obras de investigación y crítica. Es un raro de partida literaria. El papel impreso ha sido el horizonte de toda su vida; un horizonte móvil, de colores fríos y tan amplio que, dentro de su creación, el hombre cabal responde a pleno pulmón. Es vez de un "ratón de biblioteca", tenemos con Feliú Cruz un estupendo obsequio a imágenes biográficas: un círculo a cuya óptica perspicaz, dominador de todo panorama, se estupa el documentado valioso de la lectura de alta calidad.

El trabajo de este crítico erudito es imponente. A sus muchos libros acaba agregársele el título de "Historia de las fuentes de la bibliografía chilena". Abrema pensar en las infinitas horas de trabajo minucioso y de parajes rebuscados a que le ha obligado la enorme documentación que Guillermo Feliú ofrece metodóricamente clasificada. La historia literaria de Chile no podrá levantarse sino sobre estos cimientos sólidos y vastos. Hay que poseer un ciego amor por las letras para entregarse a un trabajo así, que sólo puede ser apreciado debidamente por el pequeño círculo de especialistas.

Pero Guillermo Feliú Cruz no ha compuesto únicamente una obra bibliográfica. También ha hecho crítica literaria y ha pintado los retratos de quienes han procedido en el oficio. Desglosados del conjunto, esos retratos y esas críticas forman monografías de portafolio intercaladas para un público lector más amplio que el estrechamente bibliográfico.

El primero de estos trabajos es el titulado "Emilio Valde, Omer Emeth", anotamiento en fútil de 86 páginas en que la figura del ilustre escritor francés está pintada con los vivos colores y la sensibilidad de artista a que nos referimos al comienzo de esta crónica.

Sólo podemos nombrar de visita a Don Emilio Valde y tenemos presente su estampa recia. Una vez charlamos con él unas cuantas palabras en la Biblioteca Nacional. Fumamos y preguntarle si disponía de algunas fotografías de Claude Faraldo, Nuestro pedido lo alarmó.

No dice Guillermo Feliú Cruz en qué año conoció personalmente a don Emilio Valde, pero debe haber mantenido con él una larga amistad, pues la semblanza que nos ocupa revela un cabal conocimiento de la persona. Don Emilio era un carácter, un espíritu original y recto, un alma encendida de entusiasmo. Todos estos aspectos se revelan vigorosamente en el estudio viviente, lleno de color y de penetración psicológica que Guillermo Feliú Cruz le consagra con lo mejor de su estilo claro y chispeante.

El personaje se nos aparece con tanta plasticidad y vida, como si fuera tratado por un maestro de la novela. Nos intriga. Queremos saber cómo se conformó con el alzamiento de su patria durante tanto año, cómo se acostumbró a ambiente tan opuesto al de su primera juventud, cómo se convirtió en el maestro de un idioma que no era originalmente el suyo. Toda esa curiosidad Feliú Cruz la saliniza con vivacidad y cuidadoso detalle. Su trabajo está inspirado en una gran simpatía humana y en un profundo respeto intelectual.

Llama a Valde "una personalidad subyugante". Y en efecto, así aparece en este libro. Don Emilio, más conocido por su pseudónimo de Omer Emeth,

fue un bibliógrafo apasionado, pero, por sobre todo, un refinado guisador del arte. "Se manifestó mercedable a los encantos estéticos del arte —dice su biógrafo—, en la poesía, en la prosa, en cualquiera manifestación de belleza, de la literatura y de la naturaleza. El formidable humanista había conformado el ideal de lo bello en la gracia, en la armonía, en la serenidad de su esencia griega y latina. Su espíritu gozó de vibración y agilidad para comprender las modernidades de los estilos y de la forma".

Ames de entrar a la biografía del personaje, Feliú Cruz establece los antecedentes de la crítica literaria en Chile, y sus páginas son modelo de sencillez y de claridad. Luego nos informa acerca de la vida de Omer Emeth antes de llegar a Chile, Tarea no fácil, ya que "por humildad o por soberbia —el limité es imperceptible— Don Emilio Valde evitó que se publicara su biografía".

El libro de Feliú Cruz es el titulado "Emilio Valde, Omer Emeth", anotamiento en fútil de 86 páginas en que la figura del ilustre escritor francés está pintada con los vivos colores y la sensibilidad de artista a que nos referimos al comienzo de esta crónica.

Sólo podemos nombrar de visita a Don Emilio Valde y tenemos presente su estampa recia. Una vez charlamos con él unas cuantas palabras en la Biblioteca Nacional. Fumamos y preguntarle si disponía de algunas fotografías de Claude Faraldo, Nuestro pedido lo alarmó.

El padre Valde fue distinguido en Chile, y las dotes que Feliú Cruz estima le permitieron convertirse rápidamente en un conocido profundo del idioma castellano. Después de una temporada en Chile, va al Perú y vuelve a Chile para ocupar el cargo de vicepresidente de la Iglesia del Espíritu Santo en Valparaíso. Creyéndose enfermo y necesitado de silencio, va en 1899 como párroco a San Pedro de Atacama. Tres años permanece en ese oasis, festejado por el paisaje grandioso, disfrutando de insondabilidad para leer a sus amados autores clásicos, sirviendo con eficiencia y bondad a sus feligreses, en aquel tiempo muy aislado del resto del mundo. El padre Le Paige nos ha mostrado la firma de don Emilio Valde grabada en un vaso de la mansarda parroquial. En un momento de abandono, acaud de melancolía, el sacerdote llamado a ser una gran actividad en las letras chilenas, cuya

fue su nombre mientras sus ojos se perdían en el inmenso panorama de volcanes.

No podemos, en una crónica, seguir los pasos del gran intelectual cuya figura Feliú Cruz evoca con pluma maestra. Se labró en la Biblioteca Nacional y en el periodismo fue inmenso. Sus años de capellán en el Hospital de San Vicente lo relacionaron con médicos famosos, entre los cuales el eminente profesor y abnegado apóstol doctor Carlos Fernández Peña fue uno de sus más íntimos amigos. No tardó don Agustín Edwards MacCuller en descubrir el valor de la inteligencia y la sabiduría de don Emilio Valde y en comprender los servicios que podía prestar en sus grandes planes de renovación periodística. Como crítico literario de "El Mercurio", director de "El Pecho" y "Fama", redactor de la revista "ZigZag", el apóstol de Omer Emeth se hizo famoso y firmó una inmensa obra a través de largos años.

Cuando jubiló quiso volver a su patria. Partió a Francia en 1930, a los 70 años de edad. Desde los alrededores de París, donde se instaló, envió a sus amigos de Chile cartas que hoy cobran palpable actualidad. Leamos el siguiente pasaje de una de ellas: "El chico —escribió— no es ni soñador de lo que era cuando años atrás. Antes era demócrata, ahora es demócrata. En estos preciosos momentos, en el departamento del norte, Fernández, en unión con los comunistas, una huelga enorme contra los patrones de esa región (...) Eso patrones están en una situación ridícula, pero triste: premian una virtud cristiana y los intelectuales ofendidos del cristianismo les salen observando que ese premio constituye un atentado a la dignidad humana (...) Lo que yo entiendo es que con esos errores adquieren importancia política, beneficiando la ola al popularismo y uniendo a los pioneras profesionales, explotadoras del pueblo..."

Tendrá don Emilio, cuando era necesario, una rota franquicia de expresión. Dejamos al lector juzgar la rigurosidad de esas lenguas y la valentía moral de Omer Emeth. "Y su vida en Francia" habla perdido pacientes y amigas. Sintió el peso de la soledad y regresó a Chile al cabo de tres años, cumpliendo así lo que valencianas al decir: "Ranones de corazón mi trae, traer de nuevo a esa segunda patria mía". El padre crítico y bibliógrafo que durante tanto tiempo sirvió con sabiduría y constancia inigualable a nuestra cultura falleció en Santiago el 27 de septiembre de 1933.

Tan rica de observaciones y de ideas es el estudio que Guillermo Feliú Cruz dedica a Omer Emeth, que sólo nos es posible referirnos ligamente a algunos de sus aspectos. Pero podemos, sin duda, reconocerlo calorosamente, como una obra de alta calidad intelectual, a todos los que sin prejuicio alguno se interesan por nuestra cultura.

Salvador Reyes

EL Mercurio. 1930-1969. pag 2

62300

Guillermo Feliú Cruz y Omer Emeth [artículo] Salvador Reyes.

AUTORÍA

Reyes, Salvador, 1899-1970

FECHA DE PUBLICACIÓN

1969

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Guillermo Feliú Cruz y Omer Emeth [artículo] Salvador Reyes.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)